

la sonrisa misma con que habían escuchado las exhortaciones. Y ni con éstos ni con los otros le servía de nada apelar á la religión, como su corazón le inspiraba con frecuencia, porque el argumento religioso empleado por el maestro perdía para los muchachos toda su fuerza; mirábanle ellos con estupor, como diciendo:—¡Pero si ahora no estamos en la iglesia!—y algunas veces, con una sonrisa casi de lástima, como si comprendiesen que acudía á ese registro por desesperación. Todo esto le desalentaba en algunos instantes. Pero sólo en algunos instantes. El concepto antiguo que Emilio tenía de la infancia, y que era como el manantial de su ternura, obraba siempre con la misma fuerza sobre su espíritu. Le bastaba pensar un momento en las infinitas miserias de la gran familia infantil, en los millones de niños hambrientos, maltratados, atormentados, abandonados, vendidos...; en aquella inmensa debilidad que no tiene más defensa que el llanto, que soporta las penas de todos los vicios y de todos los delitos de los hombres, que crece languideciendo y temblando entre mil horrores y mil infamias, y es arrojada por mil manos en los caminos, en los fosos, en los hospicios y en los cementerios; y de pronto aquellos niños que tenía delante se confundían en el pensamiento del maestro con los otros innumerables; convertíanse para él en la imagen de la inocencia y de la debilidad humanas; algo de grandioso y de venerable que ponía en su corazón una piedad sin límites, una paciencia invencible, una virtud de perdón inagotable; y comenzaba de nuevo la lección con la dulzura y el cariño de siempre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS PADRES DE LOS ALUMNOS

Emilio hacía simultáneamente otra experiencia que le habría sido imposible realizar en la clase de tirocinio: la de los padres de los alumnos; en ella encontró, lo mismo que en la otra, muchas cosas raras y más de un desengaño. Solamente cinco ó seis padres (y había unos cincuenta muchachos en la clase), vinieron en el transcurso de dos meses á pedirle noticias. Y lo más curioso del caso es que algunos, obreros ó trabajadores del campo, que vivían á muy poca distancia del pueblo, lo veían diariamente casi, y le hablaban también con frecuencia, cuando él les dirigía la palabra sobre las labores y sobre sus negocios, pero sin preguntarle nunca cómo iban sus hijos, como si aquella fuese una conversación prohibida. El maestro no acababa de convencerse de esto. Con algunos iniciaba él mismo la conversación, obediente al precepto pedagógico de pedir noticias de la índole de los alumnos á los padres, y de estudiar á aquéllos en éstos, procurando conocer la manera de vivir de la familia, si existen en ella enfermedades hereditarias, ó defectos y hábitos morales é inclinaciones intelectuales comunes. ¡Ah! ¡Qué utopía! A sus preguntas, como si ocultasen una segunda intención sospechosa, respondían con palabras vagas ó sin sentido, mirándole con cierta desconfianza. Lo más que podía saber con respecto á los alumnos era:—Es un buen chico;—ó:—Es un bribón; le recomiendo que le dé firme.—También algunos padres, cuyos hijos habían entrado en 1.^a aquel año, majaderos que

La novela de un maestro—Tomo I—4

esperaban no se sabe qué milagros de la decantada «instrucción y educación», iban á verle, al cabo de un mes, para quejarse de que sus chicos, en resumidas cuentas, no habían cambiado en nada y seguían siendo tan endemoniados y tan revoltosos como antes. Y no era sólo esto; Emilio sabía que á toda truhanería que el niño hacía en casa, le gritaban:—¿Es esto lo que el maestro te enseña?—Alguno fué á verle para pedirle cuentas por una palabra obscena que el muchacho había pronunciado en familia:—¿Cómo es esto, señor maestro? De nosotros no puede haberla aprendido.— En el modo de obrar de la mayor parte notaba el vencimiento de cierta superioridad con respecto á él; fundado en el hecho de que, en último resultado, ellos eran los contribuyentes que lo mantenían. Bien comprendía Emilio que su retribución parecía excesiva á los que vivían miserablemente del trabajo; calcúlese, ¡dos pesetas diarias! por no hacer sino discurrir, y para un hombre solo y tan joven. Pretendían, por tanto, que hiciese prodigios, sin recibir de ellos auxilio alguno, ni de palabra, ni de obra; ni en lo relativo á la instrucción, ni en lo concerniente á la disciplina, ni en lo que tocaba á la higiene. Como cierto día hubiese el maestro enviado á su casa á un muchacho que se presentó excesivamente desaseado, vino el padre para armarle un caramillo, gritando:

—Usted no querrá tener en su escuela más que señoritos, ¿no es verdad?

Otra vez suplicó á una buena mujer que limpiase bien á su rapazuelo, que infestaba la clase de ciertos animalillos parásitos; respondióle la madre con toda ingenuidad:

—No pienso en tal cosa, ¿sabe usted? Eso quiere decir que el muchacho tiene sangre buena; déjelo usted estar, señor maestro.

Había también algunos muy respetuosos, que lo esperaban fuera de la escuela con el sombrero en la mano, y se acercaban á él haciéndole muchas cortesías. Pero éstos eran los más peligrosos, porque iban en busca suya como si buscasen á un memorialista escribiente público; uno, para que le descifrara una carta ilegible; otro, para suplicarle que le leyese un

montón de papelotes, ó le aconsejase relativamente á un pleito; un tercero, para que le escribiese una esquela al propietario solicitando alguna rebaja en el arriendo, pero con los preámbulos y los giros que «no ofendieran», y que solamente el señor maestro podía encontrar. Estos tales, para demostrar su agradecimiento, solían decirle:

—No tenga usted consideración, ¿sabe usted, señor maestro? Castigue usted al chico severamente cuando lo merezca.

Pero cuando el maestro después imponía el castigo más grave que estaba en sus atribuciones, la expulsión interina, los padres hacían irrisorio este castigo, dejando correr libremente por los campos al chico, muy satisfecho por haber sido castigado con unas vacaciones. ¡Ah! Ninguna de esas contrariedades le habían sido anunciadas en la clase de Pedagogía.

SOLEDAD

Emilio, sin embargo, continuaba explicando su clase con muy buenos deseos, y estaba contento. El hecho tan vulgar y tan previsto, de cobrar á fin de mes en la oficina del habilitado la exigua suma que representaba su sueldo, proporcionábale siempre un placer vivo, que le duraba algunos días, pensando que lo había ganado, céntimo á céntimo, con otras tantas enseñanzas y correcciones y con buenos consejos. Faltábanle en la escuela algunas cosas indispensables, y se decidió á pedirselas al alcalde; algunos carteles con dibujos de aparatos agrícolas, un mapamundi, esférico á ser posible, aunque fuese muy pequeño, y sobre todo un banco más, porque habiendo ingresado después del primer mes cinco discípulos nuevos, se veía obligado á tener, durante tres horas seguidas, á dos de ellos escribiendo de pie. Una hermosa mañana de Noviembre, como halláse al alcalde delante de su casa, de excelente humor al parecer, con botas de montar y látigo, como quien se dispone á montar á caballo, parecióle oportuno el momento, y le habló, entre varias otras cosas, de lo que sucedía en la escuela.

—Pero ¡cómo!—exclamó el alcalde maravillado;—¿todas esas cosas faltan? Las enviaré «ipso facto». ¿Ha dicho usted?

Y se hizo repetir las tres cosas, contándolas una por una por los dedos de la mano, y aprobando con movimientos de cabeza, como para prestar más atención.

—Haré que escriban en seguida—dijo,—inmediatamente.

Y á renglón seguido participó al maestro un proyecto suyo; estaba preparando alguna cosa para primeros de año, una especie de fiesta «escolástico-civil», con declamación de poesías, concierto, baile de niños; una función nueva y simpática; muchas familias de Turín, conocidas suyas, vendrían exprofeso al pueblo. Pero era necesario preparar á los alumnos con bastante tiempo.

—Uno de estos días—dijo para concluir,—le enviaré á buscar para que nos pongamos de acuerdo.

Y saludándole cordialmente, montó, metió espuela y desapareció.

Pasaron varios días, y el maestro no volvió á ver al alcalde, ni oyó hablar de los carteles ni de los bancos; pero se consoló de esto pensando que, por lo menos, se evitaba el trabajo inicuo de embutir en las cabezas de sus discípulos alguna horrible poesía de circunstancias para la solemnidad que le amenazaba. Continuó, pues, su vida tranquila, no comprendiendo todavía porque su pasión por la escuela le ocupaba, cómo era posible que en un pueblecillo fuese nadie víctima del hastío, como demostraban serlo algunos que, por desesperación, pasaban diariamente cuatro veces por la posada de la Cruz para preguntar si habían llegado forasteros, aunque sólo se tratase de un carretero, para ver una cara nueva. Los domingos solía ir Emilio en el coche correo á *** para ver á su hermana, y en los demás días no trataba á nadie. En el transcurso de un mes, una vez sola encontró al señor Leri fuera de la escuela; era un domingo por la tarde en el momento en que el señor Leri regresaba de Turín, adonde había ido en busca de un documento que necesitaba para su trabajo; iba aquél como siempre, con su aspecto de gravedad y llevando con mucho respeto debajo del brazo el paquete de aquellos documentos. Más á menudo encontraba al superintendente Toppo, quien solía devolverle sus saludos de muy mala gana, y más nublado cada vez, como si amenazase tormenta. Un día conoció, al fin, cerca de una hostería, al hijo del zapatero, por el gesto que hizo, para señalárselo á dos que le acompañaban, y por el aire de desafío con que le miró, metiendo las manos en los

bolsillos del chaleco y adelantando una pierna. Emilio fingió no haberlo visto. Varias otras veces se encontraron, y el hijo del zapatero miraba siempre con afectación en rededor suyo, á ver si había gente, como para darle á entender que si estuviesen solos le iría al encuentro. Pero en vista de que el maestro demostraba una indiferencia imperturbable, y más, tal vez, por haber cesado Emilio en sus visitas, desistió de sus demostraciones. Solamente una noche, él y algunos compañeros suyos, borrachos todos, fueron á cantar bajo las ventanas del maestro las cinco vocales imitando el rebuzno de los burros hambrientos, como para demostrar, á un tiempo mismo, el concepto que tenían de su situación rentística y la estimación que, por consiguiente, les merecía su profesión. Pero Emilio despreció aquello. En la vida solitaria que hacía sólo le quedaba un deseo, y lo acariciaba hasta en la escuela, confundido con todos aquellos pensamientos alegres, aunque modestísimos, relativos al porvenir, y á los que solía abandonarse en sus horas mejores; deseaba tener en el pueblo una maestra joven y culta con quien estrechar amistad, una amistad cordial y pura, de la cual, andando el tiempo, pudiese nacer otro cariño, pero no demasiado pronto, para no entorpecer su marcha desde los primeros pasos. No le parecía mal aquella muchacha, maestra de 1.ª Pero no acababa de gustarle por su carácter ambiguo, entre campesina y señorita. Emilio veía en ella la imagen de una maceta formada por flores del campo y flores de papel, y adivinaba en sus ojos la fermentación de la vanidad de ideas incompletas y caprichosas producida en su alma indudablemente por una cultura literaria insuficiente, agregada á una incompleta educación social. Si Emilio hubiese abrigado alguna duda acerca de esto, habríasela desvanecido la conversación que en cierta mañana tuvo con la maestra, á quien encontró sola en el campo, cubierto por la primera nevada que había caído durante la noche. La muchacha, parada en medio del camino, estaba tomando con lápiz algunas notas en el cuaderno.

—¿Está usted componiendo, señorita? — preguntó Emilio quitándose el sombrero.

—No—respondió con franqueza la maestra;—no comongo nunca en paseo. Apunto algún pensamiento; así, para no olvidarlo; una palabra, ó dos, nada más.

—Algún día, sin embargo, nos hará usted admirar alguna cosa.

—¡Oh!—respondió sacudiendo la cabeza;—muy lejos estamos aún de ese día.

—¡Pues qué! ¿piensa usted no publicar nada nunca?

—Nunca, no diré; pero en mucho tiempo, indudablemente no. Tengo el propósito de no publicar nada antes de los veintinueve años.

Sonrió el maestro y le dijo:

—Mucho desconfía usted de su ingenio. Pero ¿por qué se ha fijado usted en el número veintinueve, si no es indiscreto preguntarlo?

—Es un secreto mío.

—Alguno se lo robará, y le obligará á publicar algo antes... con un apellido más.

—No hay ese peligro.

—¿Por qué?

Permaneció silenciosa un momento; después dijo:

—Porque no amaré nunca.

—¿Está usted segura? ¿Cómo puede usted decir eso á su edad?

—Es un voto que he hecho.

—Es muy extraño. ¿Y ha hecho usted también voto de no decir á nadie el motivo?

La maestra clavó su mirada en el suelo como absorta en una idea, y después dijo en tono sentencioso, que pretendía ser intencionado:

—«Nunca se descubre el arte, que lo hace todo.»

Por su cuenta, la maestra se había descubierto lo suficiente.

LA PRIMERA BORRASCA

Un acontecimiento grave, la primera borrasca en su vida de maestro, vino pocos días después á separarle de aquellos pensamientos. Una tarde recibió Emilio carta de su protector Goli; decíale éste que el Municipio de Piazzena había anunciado un concurso y le aconsejaba que remitiese inmediatamente su solicitud y sus títulos, pues consideraba casi seguro el éxito feliz, porque él le había recomendado á la Junta; el sueldo era de ochocientas pesetas y la población muy conveniente por todos conceptos, y además Goli tenía en ella un conocido, un señor Pirotta, presidente de una Cofradía, hombre de mucha autoridad y de buen corazón que sería para Emilio un amigo. En la mañana del día siguiente remitió el maestro sus papeles por el correo, y después se encaminó á la escuela llevando consigo un albañil, provisto de clavos y martillo para que mudase de sitio la tabla pitagórica y dos carteles que estaban á muy mala luz. Dando los últimos martillazos estaba el albañil, y acabando de colocarse en sus sitios los muchachos, cuando se presentó en la escuela el superintendente.

En el primer momento, Emilio apenas si pudo reconocerle. Tenía uno de esos rostros cómicos á los cuales una emoción triste descompone completamente, como un ataque de nervios. En aquella ocasión el despecho, acumulándose silenciosamente, durante mucho tiempo, dentro de aquel enorme cráneo de campesino orgulloso y testarudo, habíase desbordado de una vez,

al rumor de los martillazos, como agua hirviendo de una caldera.

Levantóse el maestro, é hizo seña á sus alumnos para que también se pusieran en pie; el albañil cesó en su tarea.

—¿Qué hacen aquí?—preguntó el superintendente.

El maestro, molestado por el mal modo del superior, contestó en seguida:

—Nada malo; he dispuesto que cambien de sitio los carteles, que no estaban bien colocados.

El superintendente entornó los ojos.

Después dijo:

—Usted no puede tomarse la libertad de hacer eso.

—Me parecía una cosa tan sencilla...—respondió el maestro.

—Usted—repitió con más aspereza el señor Toppo, —no puede, sin el permiso de la autoridad, cambiar de sitio ni siquiera un clavo.

Al joven se le encendió la sangre; era evidente que Toppo deseaba humillarle; y como á veces acontece que en los momentos de mayor emoción surgen de pronto recuerdos de cosas muy lejanas, cruzó por la imaginación de Emilio, como un relámpago, el pensamiento del ex granadero Lérica puesto en lugar suyo, montando en cólera y arrojando al superintendente á pescozones. Este recuerdo enardeció su resentimiento.

—Estoy seguro—contestó muy secamente,—de no haber merecido advertencias... hechas en este tono.

Toppo adelantó un paso, entornó de nuevo los ojos, y gritó:

—¿Así se habla al superintendente?

Comprendió Emilio que no podía contestar á eso sin producir un escándalo, ni ceder de pronto sin desautorizarse ante sus alumnos... Ocurrióle súbitamente una idea. Sacó con priesa del bolsillo la carta de su protector, y dijo muy resuelto, mostrándosela:

—Es inútil que usted se moleste... Yo no soy maestro en Garasco. Vea usted.

Esta salida nada significaba, ya porque, en realidad, maestro en Garasco lo era todavía, ya porque se sabía previamente que no había de serlo más de un año; pero como muy á menudo sucede en las dis-

putas apasionadas, aquella contestación inesperada, y no del todo clara, dicha en el tono propio de quien sabe que con ella pone acabamiento á la contienda, la terminó del todo. La idea súbita de su impotencia para perjudicar á su adversario y de la inutilidad de iniciar una guerra contra él, cerró de un golpe la boca del superintendente. Pero indignado aún, no sabiendo de qué modo salir decorosamente, lo procuró pronunciando tres palabras que tampoco significaban nada, pero que salvaban la retirada.

—Vendrá el inspector—dijo; y salió precipitadamente.

El maestro, de pie, un poco pálido, revolió en su cabeza aquellas palabras: «Vendrá el inspector»; y convencido de que envolvían una amenaza hueca, porque el inspector debía venir para todos y él estaba muy seguro de su proceder, dió principio á la lección. Pero aquella grosera provocación le dejó turbado pará toda la mañana y pensativo durante todo el día, como si fuese el presagio de otras muchas contrariedades que le esperaban; los primeros copos de una nevada que habría de cubrir después la calle.

OTRO ENEMIGO

No tardó mucho el joven en tener noticia de otro enemigo. Una mañana, á la hora de estar en la escuela, fué á verle una vendedora ambulante, con rostro amarillo de santurrona, á quejarse, en sentido lenguaje, de que su hijo no se conducía bien en la iglesia, y que en casa, por la cosa más insignificante, juraba como un endemoniado. Y terminó dirigiendo al maestro una mirada expresiva:

—¿Entiende usted, señor maestro? ¡Sentiría yo que ese niño saliera de aquí sin religión!

El maestro, que sintió la estocada, se enojó y despidió á la mujer diciéndole que él no podía tolerar que nadie viniese á enseñarle su deber, y que, en lo concerniente á la religión, se dirigiese al teniente cura, con quien los alumnos se confesaban. Pero acompañándola hasta la puerta, vió al otro lado de la calle á la criada del cura que esperaba á la otra descaradamente.

—Ella es quien la ha enviado—pensó, y recordó entonces las bromas del secretario acerca de las aspiraciones de Perpetua á desempeñar la inspección, y agregó en seguida:

—Y diga usted á quien la ha enviado que, en lugar de mezclarse en las cosas de la escuela, se dedique á fregar los platos.

Después se apoderó de su ánimo otra sospecha más alarmante: la de que semejante mujer se hubiese propuesto indisponerle con los padres de sus alumnos, y para cerciorarse, y curioso también de conocer los mo-

vimientos ofensivos que pudiera temer un maestro de la «base de operaciones» de la cocina parroquial, recurrió también en esta ocasión á la maestra Strinati, calculando que no debería de estar muy bien quista con ella la confidente antigua del asesor. La maestra, con cuatro tijeretazos de los suyos, le talló una silueta del personaje que desvaneció entre risas las inquietudes de Emilio. Aquella anciana, aspirante á canonesa, era un tipo; encontraría más de un ejemplar en el curso de su existencia de maestro. Tenía, de años atrás, la pretensión de gobernar desde cierta altura las cosas de la instrucción pública, estimulada en esas ambiciones por el ejemplo de una prima suya, criada también del párroco del Municipio próximo de Montegiallo, la cual había ejercido durante algún tiempo una dictadura escolástica indirecta. Afortunadamente el cura de Garasco, anciano muy sensato y muy amante de la paz, no se prestaba á las miras de su criada: ella estaba instigándole inútilmente, hacía ya dos años, para que, entre otras cosas, obligase á los maestros á acompañar á sus alumnos y á vigilarlos en las funciones de iglesia. Esto no obstante, la criada hacía lo poco que le era posible. Pasando por delante de las escuelas, con su cesta de la compra al brazo, á las horas de entrada y á las de salida, se detenía y observaba el aspecto de los alumnos, dándose aires de inspectora, y cuando había algún desorden, iba á contárselo á Toppo. Detenía por el campo á los escolares descamisados, y si no llevaban medalla ó reliquia al cuello, les decía:

—¿Van así, como perros, los discípulos del maestro Fulano?

Ahora estaba irradísima con Emilio porque no la saludaba en la calle, siendo así que el maestro anterior se quitaba para ella el sombrero; esto de no saludarla habíala ofendido mortalmente. Además, era en ella idea fija la de que, á más del señor Leri, también el otro maestro fuese sacerdote; un curita joven, de su gusto; no le agradaban los curas laicos. Contra Emilio Ratti andaba diciendo horrores en las tertulias de comadres: «que habían enviado de maestro á Garasco un muchacho sin fe, que no se descubría la cabeza al pasar

por delante de las iglesias y dejaba blasfemar á los chicos; que también les aconsejaba que no llevasen al cuello imágenes santas; que sus frecuentes viajes á la ciudad eran un verdadero escándalo, porque todos comprendían lo que iba á buscar allí; que si el cura era demasiado bueno y callaba, á los padres correspondía poner el remedio, y que si ningún otro tomaba á pechos la cosa, bastaría ella sola para limpiar la escuela el día menos pensado.»

Poco importaba á Emilio Ratti de todo esto, siendo verdad que muy pronto debía dejar el pueblo; pero se propuso mirar cara á cara á su enemiga la primera vez que tropezase con ella, para ver si la actitud del ama venía á confirmar lo que le habían dicho. La encontró pocos días después en una de las principales calles, con su cesto lleno de verduras al brazo. Observó desde luego, y apenas la hubo visto, á pesar de la niebla, que el ama del párroco apercibía toda su persona para el encuentro. Era seguro que el recadito de los platos se había dado. Ambos iban por el lado mismo de la calle y debían tropezarse sus codos. Venía ella calle abajo con paso resuelto, con la cabeza erguida y la mirada fija hacia adelante, pero sin detenerse en Emilio. Cuando el ama estuvo á cinco pasos distante de él, giró bruscamente hacia la izquierda, y formando ángulo recto con la dirección que traía, cruzó al otro lado de la calle. El maestro se detuvo, y le dijo riendo:

—¡Caramba! ¿Está declarada la guerra?

Volvióse ella, como herida en lo vivo, y respondió con forzada sonrisa, ahogándose de rabia:

—No se burle usted, caballerito: he hecho saltar á otros más barbudos que usted.

Y siguió con rapidez su camino.

LA VISITA DEL INSPECTOR

También de este encuentro, como de las amenazas de Toppo, se olvidó pronto Emilio, que continuó explicando con más entusiasmo cada vez. Le impresionó desagradablemente el advertir que cuando comenzaba el buen tiempo, dejaban de asistir á la escuela poco menos de la tercera parte de los alumnos, que iban á las labores del campo; pero de este disgusto le consoló la mayor facilidad que hallaba en instruir y vigilar á un reducido número de discípulos, entre los cuales habían quedado los mejores. Empezaba á palpar de día en día, con verdadero sentimiento, que su bondad y sus proceder cariñosos no alcanzaban el fruto que se juzgaba con derecho á obtener. Sus discípulos, amonestados con razones y bondadosamente, cuando esperaban un castigo, parecía que se avergonzaban, y, en verdad, solían ofrecer un aspecto más satisfactorio que ese semblante duro ó asustado que ponen los chicos cuando se les amenaza ó se les golpea; pero, pasado aquel efímero rubor, aquel principio de arrepentimiento, olvidaban muy pronto las buenas palabras, reincidían en sus faltas, y se observaba en éstas una progresión creciente, lenta, pero apreciable, en frecuencia y en gravedad. Conocía el maestro que sus discípulos se le escapaban de las manos, y que, al cabo de poco tiempo, le sería imposible dominarlos.

Esto le daba mucho en qué pensar. Perseveraba, no obstante, en su sistema, entre otras razones, porque le repugnaba cambiar tan pronto de método, apenas comenzado el camino, confesándose burlado en uno de sus más caros deseos; ayudábale á persistir una

vaga y casi intermitente aspiración religiosa, una dulzura que le había quedado en el corazón, de las creencias de su infancia, el recuerdo de la fe de su madre, una especie de fascinación que ejercía sobre él la figura cándida y misteriosa de Cristo, á pesar de todas las dudas que, por decirlo así, había bebido Emilio, como tantos otros, en el aire de su tiempo, en el espíritu de sus estudios, y que algunas noches, apoyada ya su cabeza en la almohada y apagada la luz, le obligaba á repetir mentalmente una oración, sin comprender casi su sentido, con la imaginación perdida en la obscuridad del inmenso misterio.

Pero un día, hacia principios de Mayo, le ocurrió una cosa que dió por resultado un fuerte sacudimiento en sus ideas con respecto á la educación. Hallábase frente á la puerta de la escuela, con el paraguas en la mano, bajo una lluvia persistente, para vigilar la salida de los últimos escolares, cuando oyó detrás de él gritos desesperados de un niño; al volverse vió á un aldeano en mangas de camisa, que con la una mano tenia sujeto por la nuca á uno de sus discípulos, y con la otra le aporreaba furiosamente la cara.

El imperioso instinto que había impulsado siempre á Emilio Ratti, con valor temerario, contra los que golpeaban á los niños, le lanzó contra aquel hombre. Metióse, gritando, entre él y su víctima, recibió algunos golpes, sujetó la mano con que pegaba al niño; pero no conseguía sino enfurecer más á aquel enérgico.

Era el padre que había descubierto una travesura de su hijo mientras éste se hallaba en la escuela, y había venido á esperarle á la salida para que no se le escapase por el campo.

—¡Me importa poco del maestro!—aullaba, sin dejar de mover las manos;—tengo derecho á castigar á mis hijos; quítese usted de en medio, ¡por vida de!... ó le pego á usted del mismo modo.

Entre tanto los chicos habían formado corro; acudía gente; el maestro consiguió arrancar, en una sacudida violenta, al muchacho, que fué á chocar contra la pared, todo espantado y echando sangre por las narices,

y entonces, dirigiéndose al padre, díjole con acento de súplica:

—Vamos, tranquilícese usted, y no dé un escándalo; mire usted que hay mucha gente.

El aldeano, gruñendo aún, cesó de forcejear, y, libres ya sus brazos, recogió el sombrero y la chaqueta que se le habían caído; después buscó con la mirada al muchacho, que temblaba todavía. El maestro, angustiado aún por el temor de que en casa volviese á empezar, continuó en su tarea de aplacarle, con voz entrecortada:

—Ea, esto se ha concluído. No se pega de ese modo á un niño. El pegar es inútil. Se le hace peor. Ya basta. Debe usted prometerme que no le pegará más. Al fin y al cabo, soy su maestro.

—¡Me ha hecho una picardía!—exclamó el aldeano, alterado aún y amenazando al rapaz con el puño.

—Y usted le ha castigado,—respondió el maestro; —pero quede esto terminado. No le dejo á usted llevarse á su hijo si no me da su palabra... No puedo permitir que maten á golpes á uno de mis mejores discípulos. ¡Qué demonio! Un muchacho de su talento... No lo digo porque usted le perdone, sino porque es así, en conciencia... Por último, si quiere usted saberlo,—agregó en voz baja,—cuento con él aquí para hacer una figura excelente en los exámenes: ahí tiene usted.

El aldeano miró al maestro con aire de recelo; pero se veía que aquella dulzura le había producido algún efecto. Permaneció callado un momento, después, volviéndose hacia el chico, gritóle:

—A casa.

El acento era brusco; pero Emilio comprendió que había ganado el pleito. Acompañó al padre hasta la mitad de la calle, razonando para asegurar la victoria.

Pues bien: cuando Ratti creía que aquel suceso debía dar por resultado inmediato hacer á los muchachos más respetuosos con él y poner en todos sus discípulos mayor deseo de hacerse querer, conduciéndose bien y mostrándosele sumisos, advirtió, por el contrario, con no poca extrañeza, en los días sucesivos,

que sólo había conseguido aumentar la familiaridad, ya excesiva, con que los alumnos le trataban. Veía claramente la simpatía en los ojos de todos, y muy viva en algunos, pero no tal cual el maestro la quería; era una simpatía risueña, de amigos más que de alumnos, y en muchos de ellos casi velada por una ligerísima expresión de burla, como si en el ardor, en el ímpetu juvenil con que había defendido á su compañero, hubiese á los ojos mismos de los discípulos algo de exagerado, que antes revelaba debilidad que fuerza, más sentimiento que razón; como si hubiese perdido algo, en cuanto maestro, en la opinión de sus discípulos. Este descubrimiento le entristeció. ¿Habíase, pues, equivocado de veras al obedecer, hasta ahora, á su índole? ¿Debería cambiar á toda costa de sistema, y convencerse, por último, de la exactitud de lo que tantas veces había oído decir: «que con la bondad no se gobierna ni á los hombres ni á los niños, ni aún se les favorece á ellos mismos en nada, y que, tanto los unos cuanto los otros, sólo respetan á quien temen?»

Batallaba siempre con estas dudas, cuando una mañana se presentó inesperadamente en la escuela el inspector, acompañado por el superintendente y por el alcalde. En aquella presentación imprevista adivinó el maestro una maniobra de Toppo, que esperaba tal vez hallarle desapercibido para las lecciones. Era la primera visita de inspección que recibía; en el primer momento Emilio se turbó... Pero la fisonomía benévola del inspector, un hombre alto, de barba entrecana y metido en una chaqueta grande de tela de Orleans bastante ajada, le tranquilizó. Apenas hubo saludado al maestro, dirigió el inspector una mirada en rededor suyo por todo aquel destartado aposento, el cual, no obstante las franjas de oro que el sol arrojaba sobre las paredes, presentaba un aspecto demasiado triste. Inmediatamente el alcalde principió á exponer su proyecto de reforma del local; derribar aquí, ensanchar allá, renovar esto, cambiar lo otro; pero el maestro notó que el proyecto de aquel día en nada era parecido al indicado por el secretario; era un pro-

yecto completamente nuevo, uno de los ciento que ellos esbozaban en la imaginación en el transcurso del año, sin que ninguno tuviese un principio de realización, ni siquiera en el papel.

Hechas las preguntas acostumbradas, el inspector invitó al maestro á reanudar la lección interrumpida.

Con la voz un poco temblorosa, pero auxiliado por la sobreexcitación intelectual que suele, en casos análogos, sobreponerse á la timidez del que tiene ambición y conciencia del propio valer, el joven prosiguió una lección de nomenclatura que estaba explicando á los mayorcitos, con una pera y un cuchillo en las manos.

—Decía que este tallo tiene un nombre peculiar suyo: «peciolo»; y para que lo recordéis, lo escribo en la pizarra: «peciolo». La pera está unida al ramo del peral por este «peciolo». ¿Qué hace vuestro padre cuando os da á comer una pera? Hace lo que yo hago ahora: toma un cuchillo y la «monda». ¿Lo veis? ¿Cómo llamáis vosotros á esta faja que con mi cuchillo voy separando de la pera? ¿La corteza? ¿La piel? No; la «cáscara». Escribo en la pizarra: «cáscara». Ahora yo «descascaró» la pera. Y vosotros diréis á vuestro padre: «Hazme el favor de «descascarme» la pera»; ó bien: «Déjame la «descascarar». Y ahora que la pera está descascarada, ¿cuál es la parte de ella que se come? Comemos la «pulpa»: escribo, pues, «pulpa». Y de esta parte que hay en medio, ¿qué hacéis? Tírala; pero es necesario que antes sepamos su nombre. Se llama el «troncho». Lo escribo. Ahora abramos el «troncho». Hay aquí, dentro de unas cajitas, unos granillos negros y oblongos. Ya sabéis lo que son: las «semillas». Sabéis que de estas semillas...

Y prosiguió con precisión y orden, con entonación agradable y con acento que era cada vez más seguro y más claro. El inspector le interrumpió:

—Está bien—dijo;—es el método objetivo bien entendido y bien llevado.

Los alumnos, con esa perspicacia estudiantil á la que no se escapa nada, miraron todos al superintendente, que entornó los ojos.

El inspector hizo que leyesen algunos párvulos, y pareció satisfecho; hizo leer á los mayores, y manifestó notar que el maestro cuidaba con empeño de la pronunciación. Pero sobre todo quedó contentísimo de las respuestas que dieron á varias preguntas hechas por él, comentando un cuentecito moral sobre los deberes para con los padres, el afecto debido á los compañeros y el amor á la escuela y al trabajo. Serían respuestas aprendidas de memoria, pero todas tenían algo de la improvisación personal, una cosa que no podía proceder sino de un maestro habituado á discurrir sobre aquellas cosas con calor, y apto para imprimir en los niños, juntamente con las palabras que lo expresaban, el sentimiento de su hermosura. Y parecía que delante de aquel personaje los muchachos mismos participaban de la emoción del maestro, y sacaban al exterior lo mejor de su alma. El maestro se ruborizó un poco, presintiendo el elogio. El inspector miró con simpatía aquel semblante que reflejaba tan claramente todos los movimientos del espíritu juvenil. Después le dijo:

—Le felicito. Continúe usted por esta senda, dedicándose más especialmente á la educación de los caracteres. Decir, repetir incesantemente cosas buenas y bellas, en la seguridad de que alguna cosa queda siempre en todos; y también de que sólo el conservar después de muchos años un recuerdo confuso de ellas, como el de los sonidos de una lengua que ya no se entiende, es un gran bien. Combatir desde su nacimiento la maldad, la bellaquería, la crueldad, el egoísmo con todas las fuerzas; procurar que sientan los alumnos la altivez de ser leales y generosos. Esto es lo importante. Lo demás nada vale, comparado con esto.

El alcaldé dirigió al maestro un gesto de felicitación; el inspector le dijo:

—Hasta luego.

Y ambos salieron, seguidos por el superintendente, que se paró un momento en la puerta para contener con una ojeada las miradas, algo burlonas, de un alumno.

Viendo al maestro contento, los muchachos prorrumpieron de pronto en una gritería espantosa, que llegó

á los oídos del inspector cuando ya estaba en el pasillo: el maestro procuró restablecer la calma. Estaba contento efectivamente. Los elogios del inspector eran la primera recompensa pública recibida por sus fatigas, y le parecía que aquél había leído en lo más profundo del corazón. Apoderóse de Emilio un deseo vivísimo de volver á verlo; de abrirle su alma como á un amigo, hablándole de sus primeros experimentos en la escuela, de sus desengaños, de las dudas graves que le agitaban con respecto al problema de la educación y de la disciplina. ¡Ah! El inspector le había creído tal vez con autoridad para con sus discípulos, seguro de su sistema, satisfecho con sus alumnos. Emilio Ratti experimentaba una necesidad irresistible de decirle la verdad, aún á riesgo de desmerecer en su estimación, y pedirle consejos.

Impaciente, calculó sobre poco más ó menos á qué hora debía de hallarse en la posada después de terminada su inspección, y fué á verlo. Lo encontró solo, que acababa de comer; tenía muchos «procesos verbales de visita» amontonados en la mesa; había rehusado con un pretexto el convite del alcalde. Manifestó alegrarse de volver á ver al maestro, y le hizo sentarse inmediatamente, plegando y guardando en el bolsillo una carta en la que alcanzó á ver el joven, así, de pasada, una serie de periodos menudos, escritos con admirable caligrafía y que le parecieron inscripciones. Eran «pensamientos» de la «maestrita»; un homenaje.

Con la encantadora franqueza propia de su edad, dijo el maestro por qué había ido; explicó su amor grande á los niños, su proceder indulgente y cariñoso á que le obligaba su naturaleza; habló de su sentimiento al advertir que los alumnos no le correspondían, que los discípulos se le escapaban de las manos, que le faltaba disciplina.

—Ya lo he notado—respondió el inspector.

Miróle el maestro estupefacto.

—Si usted tuviese autoridad,—prosiguió sonriendo el inspector,—no hubieran alborotado los alumnos cuando salí. Esto prueba que la autoridad había salido conmigo.

Calló un instante, mirando siempre á Emilio, y continuó:

—No crea usted que esto es una censura. He adivinado lo que usted viene á decirme en la entonación misma con que usted explicaba á sus discípulos. Era usted, no digo un padre, pero sí un hermano, cuando les hablaba. Ahora oiga usted un consejo mío. Conozco esa adoración que usted tiene por la infancia, y hasta participo de ella; es un tesoro de fuerza para un maestro, y manantial de puras satisfacciones; fué siempre la virtud principal de todos los grandes educadores, y la que ilumina y eleva todas las facultades que concurren á educar ó á instruir. Pero es menester que el maestro la oculte; que el niño la adivine y no la vea. Recuerde usted aquella hermosa máxima de Capponi: «sobre los niños, sólo tiene poder un niño austero.» Y yo digo más:—Es necesario que el niño se convenza de que debe conquistar ese cariño, y no hará esfuerzo alguno para conquistarlo si ve que se le concede de buenas á primeras. En cada una de las concesiones que se le otorgan, el niño, con el instinto del imperio, imagina y funda un derecho, para conservar el cual se rebela después. ¿Entiende usted mi pensamiento? Tratado con dulzura el niño, no dice jamás: «Me tratan así para hacerme bueno.» El no puede tener este concepto. Piensa, por el contrario: «Me tratan así, porque así debo ser tratado.» Y no lo agradece. «Si el maestro me amenaza con castigarme y no me castiga, dice, es porque no lo merezco; cuando me ruega que haga tal ó cual cosa, en vez de mandármelo, es porque no puede mandarme.» Esto es evidente. Por lo tanto, nada de amenazas, castigo; nada de exhortaciones, mandatos. Y debajo de todo esto el cariño que atenúa, compensa, dulcifica; pero cautamente, en los momentos oportunos, mostrándose, como un rayo de sol, en medio de las nubes. Para los niños, como para los soldados, sirve el aforismo de aquel capitán: «No amenazar nunca, no transigir nunca.» Créame usted; como usted he principiado, y me he visto constreñido á cambiar. Me he duplicado. Existe en mí un «yo» oculto que ama á los niños, que padece con los dolores y con las humillaciones de ellos,

que se deleita con todo lo que en la infancia hay de ingenuidad y de gracia, que los acaricia con el pensamiento y los perdona; y existe otro «yo», que podríamos llamar externo, que se coloca entre los niños y el «yo» primero, diferente de aquél de todo en todo, severo, parco en el elogio, duro algunas veces, y siempre igual. Pruebe usted á conducirse de este modo. Habrá de costarle al principio un esfuerzo grande, y también algunas amarguras; pero mucho menores, éstas y aquél, que los ocasionados, andando el tiempo, por la excesiva bondad mal correspondida, y ofendida en ocasiones. Y cuando usted haya vencido, verá que no solamente no ha perdido ninguna de las satisfacciones íntimas que proporciona el amor á la infancia, sino que gozará otras aún más delicadas, primeramente por estar escondidas, y, sobre todo, porque no se ven turbadas por los malos efectos de la indulgencia. ¿Se ha persuadido usted?

Al decir esto, el inspector se levantó para ir á casa del alcalde.

El maestro le tendió la mano con efusión; el inspector la estrechó entre las suyas, y dirigió á Ratti una mirada que le conmovió como si fuese la de su padre resucitado. También el inspector había sido maestro, y la presencia de un maestro de veinte años, que entraba con entusiasmo por aquel camino humilde y fatigoso, le interesaba como la de un misionero desinteresado y resuelto á todo, que se dispone para embarcarse con rumbo á mundos desconocidos: Dijole, pues, cariñosamente:

—Buena suerte, hijo mío.

DESPUÉS DE LA VISITA

Aquella conversación desvaneció las últimas dudas de Emilio, y resolvió firmemente mudar de sistema; pero en el pueblo adonde hubiese de ir después, porque para Garasco era ya demasiado tarde. Entre tanto, había conseguido un triunfo que, entre otras cosas, le permitía vivir seguro, durante aquellos pocos meses, de las represalias de Toppo.

Las iras de éste se enardecieron, no obstante, pocos días después, con motivo de una correspondencia anónima publicada en el suplemento de «El Pueblo», en la cual, después de decir que «en casi todas las calles de Garasco se habían colocado canalones á lo largo de las paredes de las casas», se preguntaba: «¿Cuándo se decidirá el señor asesor Toppo á cumplir las Ordenanzas municipales?» Como el maestro tenía que pasar por delante de la casa de Toppo para ir al café, y como, además, el articulito estaba adornado con algunas frases peregrinas, Toppo pensó que lo habría escrito Emilio para vengarse. En la mañana del domingo, el maestro vió que venía á su encuentro el enemigo, arrugando entre sus manos el periódico, bufando y mirándole con una cara tal, que temió ser agredido en medio de la calle. Pero la presencia de la muchacha, á la que el tío llevaba á misa, lo salvó; limitóse Toppo á lanzar sobre Emilio una mirada furibunda, en tanto que la sobrina le dirigía una ojeada tímida, que expresaba casi el dolor que le producía haber sido causa de la ruptura, y al propio tiempo una especie de hábito de aquella humillación, que inspiró lástima

al maestro. Después, las sospechas de Toppo tomaron otra dirección, y como á esto se agregase la noticia—que el mismo Emilio propaló, apenas tuvo certeza de ello—de su nombramiento para Piazzena, Toppo cesó, por último, de mirarlo cuando se encontraban. Aquella noticia dió también otro resultado: el de que se mostrasen más amables con Emilio algunas autoridades que se habían mantenido á cierta distancia, como temerosas de que él abusase de la familiaridad, y el mismo señor Leri se le acercó un poco; el señor Leri, cuyo constante huir, como si necesitara recorrer el mundo; cuyo hablar grave y enrevesado; cuya perseverancia en eludir toda conversación acerca de la enseñanza, como si temiese que le robaran los pensamientos, había acabado por atacar el sistema nervioso de Emilio. Una sola vez consiguió éste penetrar en casa del señor Leri, y era ciertamente una casa muy rara, llena toda de flores artificiales, de sauces llorones de papel y cuadritos de esos de á peseta, que representaban salidas y puestas de sol maravillosas de Nápoles y Venecia; así como era también rara su hermana, una viejecilla pequeñísima, con dos ojillos encendidos y una risita llorona; y más rara todavía la criada «ultrasinodal», cuyos cabellos cortados y con la raya á un lado, y cuyos anteojos le daban el aspecto de un notario viejo sin barbas, disfrazado de mujer. Lo único que formaba contraste con todas aquellas rarezas, era la hermosa y grave fisonomía del sacerdote, en la cual se revelaban la costumbre de meditar y el amor á un trabajo intelectual de elevados fines.

OTROS COLEGAS

Aún tuvo Emilio, después de la visita del inspector, una sorpresa agradable; tal fué una carta de su prima, la hija del violinista; decíale ésta que desde principios de año era maestra en Piona, pueblecillo anexo á un Municipio de los Alpes y perteneciente al mismo distrito; le contaba algo de ciertas aventuras novelescas que le habían ocurrido en la Italia meridional, donde había permanecido dos años, y le invitaba á que fuese á verla en su rincón, pasados los exámenes.

El recuerdo de las palabras cariñosas que aquella prima había escrito á la familia cuando acaeció el fallecimiento del padre, y las simpatías que suele inspirar á los jóvenes aquel grado de parentesco, que parece una predestinación para el amor, llevó al espíritu de Emilio vehementes deseos de ir á verla; por mucho entraba también en estos deseos la curiosidad que él, como novicio, tenía de conocer el mundo escolar, y, sobre todo, á sus compañeros. Impulsado por esta curiosidad, buscaba Emilio la ocasión de tratar á todos los profesores que iban de varios pueblos del contorno á cobrar los sueldos en el suyo, y conoció á la mayor parte. Una maestra le impresionó muy particularmente; una especie de soldado de caballería, convertido en profesora, de unos cincuenta años, viuda, con una voz muy gruesa y dos brazos muy largos, que mientras se entretenía en el café bebiendo una gaseosa, contaba amenísimamente las proezas y las desventuras de su Municipio. Dicho Municipio había adjudicado, años atrás, las escuelas á los frailes; esto es, los había asignado una cantidad determinada, con

la que debían proveer á los gastos de locales y á los sueldos de los maestros; pero los frailes, haciéndose maestros ellos mismos, y readquiriendo del Ayuntamiento, por un pedazo de pan, el edificio de su convento suprimido, habían conseguido de ese modo tornar á su propia casa y permanecer en ella, pagados por la Junta, y con la ventaja, por añadidura, de tener en sus manos las escuelas, hasta que, el día en que menos lo esperaban, el Consejo de Estado, anulando lo hecho por el Municipio, lo echó á rodar todo. La maestra retrataba á los frailes uno por uno, y describía la escena que siguió, en la Junta, á la llegada del decreto de anulación con una «vis cómica», que obligaba á las personas de las mesas inmediatas á aproximarse, como si se tratara de escuchar á una artista. También acudía mucha gente para ver á una maestrita muy graciosa que iba con bastante frecuencia á Garasco, acompañada siempre por una ó dos señoras; una muchachuela roja, rizada, vestida de claro y siempre con ramilletes de flores; una verdadera imagen del risueño Municipio de Pieve, donde, según decían, era el ídolo y la alegría de todos, y tenía una escolita, una pizca de casa y un jardín, todo pequeñito y alegre como ella. Pero lo que más divirtió á Ratti fué el maestro de un pueblecillo de la colina, un hombrecillo quejumbroso, que era á un tiempo mismo maestro y secretario del Ayuntamiento, ó sea dos veces víctima, ó, como él decía, el asno de dos cabezas, sobre el cual venían á caer todas las fatigas y todos los sinsabores, hasta el punto de no dejarle libres ni aún las horas de la noche. Relataba el pobre sus desdichas, dándose palmadas en la frente. No; Dante no habría sabido inventar un martirio como el que daban aquellos dos empleos «contra» una sola persona. Y entre todas estas tribulaciones serias que le abrumaban, había una en extremo cómica: habían construido recientemente en su pueblo un edificio pequeño para escuelas, con cuatro habitaciones para los maestros, él inclusive; pero cuando el plano había sido presentado al alcalde, un animalote sin corazón y sin crianza, éste, observando que los «gabinetes» ocupaban demasiado sitio, los había borrado de su propio

puño, y como le preguntase el ingeniero: «¿Y qué van á hacer los maestros?» había respondido brutalmente: «Que se vayan al campo». Y los «gabinetes» no se habían hecho. «Y yo, decía, á mi edad, en lo más crudo del invierno, ¿comprende usted? tengo que andar por el campo de noche ¡como un raterillo! Dicen que es necesario «realzar el prestigio» de los maestros... Pero yo no pido tanto... Eso es una barbaridad ¡por Dios!» Pero, solía decir para terminar, «el maestro Berardi aún está peor que yo.» Era Berardi el maestro de una aldehuela próxima, impedido de ambas piernas, que andaba por la escuela en un carricocho empujado por un rapazuelo. Los discípulos arrojaban objetos por el suelo para impedirle el paso y hacer que diese tumbos el carricoche.